

## III

— ¿No te parece, Martita, que ciertos días todo se tiñe de un color más intenso ó más pálido que la misma realidad? Hoy el follaje de los árboles, el agua que los refleja, las flores, todo lo veo centelleante; aquellas casas, allá lejos, parecen bañarse en luz.

— Es la luz de nuestros pensamientos, Juan. Desde que te conozco, aun desde antes, no me he creído jamás del todo sola. Cuando me dejabas, algo tuyo me seguía; continuaba hablando con tu espíritu, cuando tú te habías ausentado.

— Ahora quisiera no dejarte nunca más; contigo me parece la vida una perpetua canción cuya melodía ahuyenta todas las miserias; mis tristezas de antes se me aparecen perdidas en un pasado lejano, formando un fondo de gris melancolía al gozo de hoy. Y en mi cerebro se suceden sin cesar las estrofas, como si todas nuestras palabras se revistie-

ran del ritmo para ayudarme á componer cantares.

Juan Dayel y Marta Liveil habían huído de París aquel domingo; como los enamorados de las novelas, estaban sedientos de la soledad de dos, á la luz del sol y á la sombra de los árboles, cuyo frondoso rumor meciera su coloquio.

Juan la había llevado á las riberas del Marne, más allá de Channevières, á través de un paisaje idílico, apenas turbado por alguno que otro excursionista. Había sido un gran placer para la joven, la consumada campesina de un día de libertad: era la realización de un sueño aquel paseo con Juan, á quien amaba, que la quería también sinceramente, bien segura estaba.

— Tienes que componer una nueva canción que encierre el alma de estos paisajes que vemos: así estaré tranquila de que no has perdido tu día por mí.

— Bien sabes que tus palabras, tus gestos, tus labios, tus ojos, me inspiran y me dictan las mejores obras que yo haya hecho.

— Oye, Juan; cuando seamos ricos viviremos en el campo; tendremos nuestra casa en que estaremos los dos, solitos, con muchas flores en nuestro jardín. Yo trabajaré, ya verás tú, aprenderé música; tu me enseñarás; así podré tocar esas canciones tan bonitas que has compuesto.

Juan pensaba que allí estaría la gran felicidad,

en aquella vida tranquila que ella soñaba como él. Con ella, no le asustaba la idea de la soledad, fatigado como estaba de la vida ruidosa, lastimado en su delicada sensibilidad por los ineludibles compromisos del mundo en que se agitaba, por mil maldades é hipocresías, por la fiebre de una vida que tanto le hacía padecer hasta entonces.

Al encontrar á Marta, se hallaba precisamente en un período de lasitud, en uno de esos momentos en que procuraba evitar á sus compañeros, y encerrándose en sus melancolías, se deleitaba en ellas, temporalmente misántropo, perezoso de vivir. Apenas habían pasado breves días desde la tarde en que poseyó á Marta y ya todo le parecía haber cambiado en redor : se asombraba al recordar que había vivido solo, aventurándose en las intrigas y engañosos amores de otro tiempo, siempre engañado en su esperanza de llegar á la felicidad por el placer.

Pero esta vez sentíase protegido por el cariño; estaba ya seguro de ella; y por momentos se la figuraba ya su mujer, su *adorada* de hacía tantos años. Marta se había entregado francamente, por entero, segura de ser amada, y había entre ellos una confianza amical, un perpetuo comercio de pensamientos, que se fundían en uno solo, como formado por sus dos almas.

— Mira, Juan : flores. ¡Qué hermosas!

Marta señalaba con las manos unos cuantos lirios de agua que florecían entre las cañas de la orilla, y Juan desde el ribazo trataba de alcanzarlos, tronizando los tallos. Había desprendido el sombrero de su amiga, y sentado á su lado, se deleitaba en salpicar de corolas violadas y blancas el oro de sus cabellos, desoyendo las protestas de ella, que le acusaba de despeinarla.

— ¿Qué dirá la gente cuando volvamos, al verme toda despeluzada? Vamos, Juan.

Pero él, con sus labios, recogía su nombre de la boca de su amada, deliciosamente penetrado por el calor de la carne que estrechaba sobre el pecho. É iba cubriendo de lentos besos la garganta y los ojos de Marta, de besos más lentos aún al extremo de sus labios, repentinamente goloso de caricias.

Luego callaron, envueltos en la melancolía de la tarde que declinaba, sonrosando el cielo, envuelto en una trasparente gasa de luz, carmínea y azul, que amorataba en alternantes franjas el firmamento.

El agua se ensombrecía á trechos, tornasolada de oro, azul y verde, en atenuados matices, y se amorataba también finamente rizada. Los bosques de allende el río, flanqueando las colinas de Noisy, se azulaban acrbillados por fulgores de incendio que se iban extinguiendo en el crepúsculo.

Los pájaros piaban, saltando de rama en rama, y se llamaban con ensordecedores chillidos, desgañitándose como en venganza previa del próximo silencio nocturno, de la oscuridad que seguía paso á paso á la última hora de luz. Á los oídos de Juan y su amiga, todas las voces cantaban en aquella fiesta, para ellos solos.

Cantaban la misma canción, la misma melodía que vibraba en ellos, dulcemente triste, con una melancólica ternura.

— Ya es hora, Marta, dijo Juan.

Á lo largo de la orilla, á trechos ombreada por sauces que se reflejaban temblorosos en el agua, iban alejándose, teniendo Juan en su mano la de su amiga, próximos sus labios á los rubios cabellos desnudos perfumados por las flores. Una golondrina pasó rozándoles, aturdida, haciendo sobresaltar á Marta, que luego se rió al verla volar encarnizada, rasando el río y cazando un insecto á flor de agua.

Encaminábanse á la hostería en que habían de comer, uno junto á otro, silenciosos, semejantes, en la violácea bruma que velaba ahora el arbolado de las colinas, á las parejas de los cuadros antiguos que discurren solitarias en paisajes de ensueño.

Con las pálidas flores prendidas en su cabello, Marta, encantadora, evocaba á la vez en Juan la

imagen de una cortesana y de una santa; y él, con voz ferviente, murmuró extasiado :

— Marta, te pareces á tu antigua hermana, María de Magdala, protectora de las rubias enamoradas.

## IV

Juan había decidido á Marta á que viniese á vivir con él : y su instalación resultó una fiesta, llena de alegrías. Se hizo rápidamente, y aprovechando el día de permiso obtenido, Marta quiso recorrer con Dayel su isla, pasearse entre la faena de las orillas, gozosa de cuanto veía en aquel paisaje que había mil veces atravesado sin fijarse.

Oía al músico que le contaba la historia de los vetustos caserones, los amores célebres que algunos cobijaran. Hablaba para ella como si cantara, celebrando los viejos balcones panzudos de hierro forjado, en que se habían estrechado, en la dulzura de las tardes de verano, los señores de antaño y sus bellas damas. Evocaba los iluminados salones bajo cuyas arañas habían paseado las antiguas parejas, las elegancias de los minués y pавanas; hacía desfilas ante los ojos de su amiga las suntuosas carrozas, los ceremoniosos lacayos de re-

camadas libreas y empolvadas pelucas; y el brillante barroquismo de las sillas de manos de gala, decorados sus medallones de pinturas galantes, y de las cuales descendían las petimetras, esquivando el contacto de la calle.

En aquella hora en que enmudecía el rumor de las fábricas, tomaba cuerpo ante ellos la ilusión; creían renacer en aquel lujo, entre elegancias exquisitas, en un ambiente de amor delicadamente expresado. Pasado el puente de Sully, contó á Marta la historia de la señora de la Valette, que pasaba días enteros, sentada en los sitios de piedra labrados en la fachada de su palacio, esperando el mensajero que le trajese las nuevas de la muerte ó de la salud de su esposo y señor, prisionero de los infieles.

El sol hería la escalinata del palacio, irisando los vidrios de las altas ventanas coronadas de trofeos y de mascarones heroicos, encasquetados de piedra. Las columnas, exuberantes de calcárea hojarasca, se alzaban encuadrando el elevado portal, cifradas, bajo coronas, con las iniciales de los reyes de Francia. Los musgosos grupos de niños que aparecían sobre los balaustres de la terraza del primer piso, parecían sonreír. Sobre la puerta caía el dosel de piedra de un balcón italiano, como cubriendo la pesada ornamentación de la fachada.

Coronaban el edificio macizos pilares, y entre

ellos se derramaba la luz y trasparenteaba el cielo, bañando en oro y azul la desgastada mole de sillaría. Marta y Juan volvieron á la isla y se detuvieron en la proa de aquella nave, á contemplar una vez más la inmensa sombra de Nuestra-Señora de París, la catedral, extendiendo la protección de los cien brazos que le crean sus arbotantes y sus monstruosas gárgolas, benévolas espectadoras de la *Cité*.

Marta y Dayel no sentían de la vida presente sino un mutuo cariño y la dulzura de sus besos entre los recuerdos de amores trágicos ó tiernos, la atmósfera de piedad y ternura que exhalaban para ellos las viejas piedras y el plácido río, en el corazón del viejo París de las leyendas.

Marta había querido comer en casa : en pelo y ceñida en su ajustado corpiño, había querido bajar á sus pequeñas compras, gozando en completar con un modesto gasto, lo que faltaba en aquella casa del músico despreocupado de pequeños detalles en el tiempo de su soledad.

Marta se refa á cada instante de la poca habilidad de Juan, de las distracciones que padecía por causa de ella ; jugaba á la señora de su casa, y acumulaba prudentes y cariñosos proyectos que habían de consolidar su amor. Seguía admirando á Juan, por las bellas canciones que había escrito y que ella oía repetir por doquiera, en la calle como en el taller.

— Ya te conocía desde mucho tiempo, rico mío, cuando nos encontramos. Te había imaginado tal como eras con tus bigotes rubios y tus ojos tristes. ¡ Hem ! Es muy feo eso de tener los ojos tristes. Ea, se acabó : te tienes que reir siempre ; yo te pondré alegre. Y tú, todo lo que hagas, me lo cantarás á mí antes que otros lo conozcan. ¿ Verdad que sí ? ¿ No he sido tuya antes que de nadie ? Pues yo quiero gozarte también á tí, la primera.

Y él prometía, feliz con aquella alegría que le confortaba, con aquel suave calor que aportaba á su vida la presencia de una mujer, á quien hacía dichosa un rayo de sol, una palabra tierna ó un cantar.

Todas las tardes, en el radiante declinar del día, hubo lentos paseos, en que todas las cosas parecían creadas para marco de su cariño, en que todo los saludaba con benévola hospitalidad. Quedábanse largo tiempo apoyados en los parapetos de los puentes, y Marta se recreaba viendo á los chicos de los marineros inventando juegos y disputando sobre la cubierta de las pesadas barcazas, mientras el patrón y su mujer charlaban en el banco adosado á su camarote de madera, alegrado con frecuencia por flores trepadoras, campanillas y rosales.

Una noche en que la luna llena reflejaba en el agua su amplio disco, y Marta, contemplándola, se echó á reir, Juan le preguntó :

— ¿Qué es lo que te pone tan alegre, Marta? Eres como los pájaros que cantan por cantar: tú ríes por escuchar la música de tu risa.

— No, Juan: es que la luna me mira. Hay quien dice que la luna es melancólica; yo la encuentro muy alegre; me ha parecido verla reír con su boca hendida hasta las orejas, y ha hecho una mueca alegre, que me ha dado risa. ¿No me crees?

Ella observaba con interés los menores detalles, se indignaba y se enternecía viendo unos chiquillos martirizando un gato, y oyendo una copla que salía de una ventana entreabierta. Á Dayel le chocaban sus ocurrencias infantiles y sus reflexiones súbitamente graves; le dejaba admirado á veces con su precoz madurez mezclada de ingenuas puerilidades, según la hora, el tiempo que hacía, y el ambiente en que se encontraba.

No había creído que iba ella á interesarle tanto; la había pretendido, seducido por su gracia, sin sospechar que aquel afecto súbitamente inspirado, había de germinar, así, tenaz, en su carne y en su alma.

Después de diez días que llevaban de vida en común, no había empezado á sentir aquella lasitud que tantas otras habían causado en él, tras breves horas ó breves días.

Otra tarde habían comido en un modesto cabaret

de estudiantes, y á propuesta de Dayel, se fueron al Gimnasio donde se representaba una comedia de costumbres modernas, mediocre, pero llena de punzantes frases y primorosos detalles. Habíale chocado el silencio de Marta durante la función; y se felicitaba de no haberla oído manifestar sus impresiones por exagerado ó necio entusiasmo, de que hubiera estado sobria en crítica y comentarios. Sin embargo, como, á la vuelta, la hubiera incitado á dar su opinión sobre la obra, respondió ella:

— Prefiero una buena canción como las tuyas: son más verdad.

Marta había querido volver á pie, por los arrabales y los puentes que ella gozaba en atravesar, de noche, para contemplar la negrura del agua en que danzaban las mil luces de las calles y ventanas. Placiale, en el medroso estremecimiento que le causaba, la negra mole de la catedral: decía que le tenía cariño y miedo á la vez, como á una misteriosa Protectora muy poderosa á quien se ama sin osar acercársele. La sombra del monumento parecía á ambos maternal para su amor; á pesar del miedo que á Marta infundía á veces la imponente masa en acecho, cuyas gárgolas, mirando á la inmensa ciudad, parecían platicar entre sí en los crepúsculos y en las tenues tinieblas de las noches claras.

¡Cada uno de sus sillares podría contar los

idilios de París durante tantos siglos ! Citas dadas á su amparo, besos cambiados en su sombra... Á pesar de su aparente severidad, había guardado algo de los amores que cobijó : estaba impregnada de voluptuosidad como esos viejos muebles encontrados al acaso en las prenderías, y que uno adivina haber sido objetos queridos, porque conservan el perfume de las cartas y de los recuerdos que guardaron.

Del aspecto de la catedral, cuando ella abría la ventana para contemplar el horizonte, sacaba Marta presagios alegres ó tristes, según que el sol doraba sus calados encajes y las torres, exaltando su flecha en un cielo radiante, mostraban claramente las finas esculturas de la aguja, ó que la bruma fundía misteriosamente en una majestad informe todos los miembros del monumento, entenebrecidos, indistintos.

Así, ella y Juan se creaban infantilmente motivos de alegría, observando en torno de ellos los varios aspectos de las cosas ; y ficticias melancolías, en que se sentían más cerca el uno del otro, defendidos por un íntimo calor contra el temor de afuera, en las horas grises y veladas de los días brumosos.

Marta se parecía por correr con Juan hacia los merenderos de las afueras, cuando él tenía algunas horas libres, y Dayel se encontraba feliz, en-

cantado por el orgullo de pasearse con aquella linda criatura cuya grácil silueta le atraía envidiosas miradas. Conservaba su predilección por los bordes del Marne cuya tranquilidad, en los días de semana, la encantaba en aquella decoración de verdura y agua, y que le aparecía al atardecer con una belleza nueva y suave, tan diferente del esplendor diurno en plena luz.

Otras veces subían á pie por el arrabal, interesándose en el espectáculo de las calles ; y Marta se sentía orgullosa, cuando, al revolver de una esquina, del atento grupo que rodeaba á un cantor callejero, se escapaban las notas de una canción de Dayel, ó cuando jóvenes obreros, volviendo del trabajo, tarareaban las romanzas del amante, ciñéndose á su pareja.

Era él, Juan, quien había compuesto aquellas cosas, cuya alma hacía cantar por doquier tantas otras almas. En la fábrica y en las casas, ricas y pobres, era conocido su nombre, y se veneraba al artista, que sembraba la alegría en los corazones de los humildes.

Con frecuencia Juan debía ir á los ensayos, visitar á sus intérpretes en los entreactos. Cuando no podía llevar á su amiga, quedábase ella en la casa, cosiendo á la luz de la lámpara, esperando su vuelta ; ó bien, dormida por el cansancio del día, se despertaba al oír girar la llave en la cerradura ;

y acogía siempre á su amigo con una sonrisa y un beso.

En un instante, envuelta en un flotante peinador claro, descubría la mesa con la comida dispuesta entre flores; parloteaba alegre, llenando á Juan de preguntas, y promoviéndole á veces cariñosas disputas, como pretextos de nuevos besos.

Verdaderamente, Dayel era para ella el héroe de los cuentos populares, de las canciones que enseñan el amor á las grisetas de París; encarnaba el amante que ella siempre imaginara, fiel y apasionado; era él mismo el que ella había soñado cuando, anteriormente, oía cantar sus obras.

— Por eso, por eso te hice caso, cuando me hablaste el primer día. Sí, yo te conocía desde mucho tiempo sin haberte nunca visto.

Otra vez, en alegre y loca compañía, como dos chicos, habían recorrido los bosques de Chaville. Acababan de comer en el sotillo de un merendero, cuando entraron en el jardín unos músicos trashumantes, y se pusieron á tocar un vals. Luego uno de ellos cantó. Y, como si hubiera querido rendir homenaje al compositor oculto bajo los árboles, junto á su amiga, lo que cantaba eran los éxitos más recientes de Juan Dayel, que gracias á ellos cosechaba buenos puñados de francos.

La voz, intensa y llena, era agradable á pesar de estar ineducada; resonaba en la noche, sobre el

susurro del follaje apenas remecido, en el silencio de los pájaros dormidos. Los oyentes se sentían visiblemente influidos por la hora, por aquel canto que despertaba y definía sensaciones amadas, engastadas en frases traviesas y bellas, reavivando en ellos antiguos recuerdos ó alegrías presentes, haciendo vibrar en sus almas los pensamientos y música de las tiernas romanzas :

Ven, querida, al bosque perfumado,  
que la primavera abre sus corolas.  
Ya empiezan á cantar los pájaros  
para los amantes apasionados.  
En largos besos deliciosos,  
húmedos tus ojos de deseo,  
abre tu boca al placer  
al deshojarse las rosas.

Marta, impresionada aún por la emoción de aquellos cuantos oyentes, cuyos ojos había visto encendidos por la evocada voluptuosidad, dijo, á la vuelta cuando iban entre los altos árboles del camino que ocultaban las casas perdidas en la noche :

— Tu infundes la alegría que cantas, querido, como las hadas de los cuentos; vas creando el amor, por donde pasas.

Luego, á los silbatos de los trenes, que llegaban dando fatigosos resoplidos en la barahunda y con-

fusión de los andenes, se disipaba su momentánea melancolía, y, viva y maliciosa, recordaba trozos de ridículas conversaciones que la habían chocado, y se burlaba de las cosas con su voz de mirlo cantor, pronta á desgranarse en risas.

Dayel sentíase feliz con esta alegría, influido por los mismos pasajeros pensamientos. Jamás hubiera podido creer duradero el capricho que lo había llevado á Marta, atraído por su gracia de muñequita rubia; pero las caricias de ésta le envolvían ahora en una red de languidez, que no hubiera podido romper sin desgarrarse á sí mismo, encantado por la dulzura de la joven, por su grácil belleza y travesura y por sus breves melancolías de pájaro, ahuyentadas con una palabra cariñosa, con la perspectiva del menor placer, con un átomo de alegría. Se le había hecho necesaria para su vida cotidiana; su alma se hubiera extraviado, viéndose otra vez sola, en su cuarto nuevamente triste, ausente aquella voz y aquella risa; no encontrándola allí á su vuelta por las tardes, no sintiéndola silenciosa pero presente á su lado, cuando él hacía cantar las teclas persiguiendo un motivo aún borroso en su fantasía.

Su dicha le hacía más fecundo. Juan creía ver las cosas iluminadas por una nueva luz, en la aureola de su amor extasiado; sin cesar transformaba su gozo en nuevas melodías. Fué para él el

período del éxito, de la fama creciente, alimentada por un esfuerzo constante, mucho más fácil ahora, porque había entrado en una nueva fase de su vida, á la cual debía corresponder una evolución de su talento y de su alma de artista.

Marta había expresado con frecuencia su deseo de ir con Juan á los sitios en que se ejecutaban sus obras : á los bailes en que las parejas, embelesadas, se dejaban llevar por los acordados sonos del metal que envolvía los *pizzicati* de la cuerda. Dayel había resistido mucho tiempo, temeroso de que, en aquellas fiestas del dinero y la galantería, pudiera disiparse su amor ; sin embargo empezó á llevarla á los conciertos en que se tocaba su música, presentándola á sus relaciones, contento de verla respetada, en animado y fraternal trato con los que ella juzgaba amigos de Juan, pero desconfiada para la gente aventurera, tan numerosa en aquel ambiente de semi-bohemia. Ella se enorgullecía una vez más oyendo aplaudir las obras de su amante, las obras que, como él decía bien alto, le había ella inspirado.

Seis meses, próximamente, después de su unión,

la situación de los Dayel, muy por encima de la de un vulgar cancionero, se iba afirmando entre los maestros de la música de baile y de los autores de romanzas, gustadas en todas las esferas por el encanto que encerraban y la lozanía de sus sencillas poesías, envueltas en airosos motivos ó en lánguidas melodías, de los que enervan á la mujer en las horas de voluptuosidad.

Tras el sencillo juguete, *La Hora breve*, habían venido tres marchas, una de ellas, *Imperial Rusa*, dedicada á la amable soberana de un país aliado, que había conquistado á París desde el primer día de ponerse á la venta ; luego valsos. Y, siguiendo á la boga de los salones la popularidad, Dayel llegó á hacerse rico y ofreció á Marta que dejara el obrador, para convertirse en señora de casa, de su hogar donde su continua presencia sería un inagotable encanto.

Se acercaba el carnaval. Muchos compositores habían ido sucediendo, desde hacía años, al maestro del vals parisiense, al infatigable arrullador de las fiestas de la gran ciudad, uno de los hombres más queridos entre los creadores de la alegría ; pero nadie le había reemplazado. Oliverio Metrá había muerto hacía varios años, y decíase que algo de su alma cantora se hallaba trasfundido en la de Dayel. La fama le llevó á ser director de orquesta de los bailes de la Ópera.

Fué esto la consagración definitiva de su talento de artista. El porvenir asegurado le iba á permitir consagrarse con mayor ahinco á continuar su ascensión, á producir obras cada vez más sólidas, desahogadamente.

Dayel llevaba ya á Marta á dondequiera que le hacían ir sus ocupaciones, orgulloso de la admiración que ella producía entre los compañeros. Pronto se hizo costumbre verlos siempre juntos, en el teatro, en los conciertos, afirmando cada vez más su unión pronto envidiada.

En aquel ambiente, en que se mezclaban á los artistas, comediantes, aventureras y vividores, empezaron á crearse leyendas sobre Dayel y su amiga. Unos se arriesgaban á insinuar que Marta era una diveta que había dejado las tablas para pegarse al músico: ella le había sabido conquistar con su grácil belleza y su afectada ingenuidad. Otros aseguraban que Dayel se la había traído de una de sus excursiones á provincias. Era, según ellos, hija de un funcionario: los padres habían rehusado su mano al artista, y éste la había robado, ocultándola cierto tiempo para evitarse molestias por parte de la familia.

La mayor parte, poco interiorizados en las intimidades de Dayel, los creía realmente casados, y alababa en Marta su porte, excepcional en aquel ambiente. Se encontraba encantadora aquella

pareja, aquellos enamorados á quienes hubiera apenado la separación por unas cuantas horas, y que paseaban sin reparo su tierno cariño por los lugares menos hechos á tales espectáculos, atravesando los medios más heteróclitos sin preocuparse por malévolas curiosidades, proclamando su independencia y su desprecio de los comentarios.

Pedro Bisson, el crítico de teatros, había resumido en una acertada frase la opinión general:

— Son un pinzón y una curruca que se ríen de los pardillos; el uno canta, y la otra hace el nido.

— Pues ¡ ojo con los mirlos ! había contestado la maldiciente lengua de Montal, el reporter y cronista.

Aquel Montal, alegre propalador de escándalos, rehusaba admitir las cosas sencillamente; siempre había de haber gato encerrado en todo lo que parecía claro.

Pero los chismes cesaron en breve: París olvida pronto las cosas y las personas que le han ocupado un instante, sobre todo aquella parte de la sociedad parisiense cuya vida se consume en un perpetuo ardor, en que nuevas gentes pasan, se elevan y desaparecen, en que anécdotas y chismes mariposean de unos á otros, rozando, desgarrando ó matando entre indignaciones ó risas, que acogen, sin persistencia, todo incidente más ó menos ruidoso.

La vida de Juan Dayel y Marta acabó por ser aceptada como una unión regular; por tal vinieron á tenerla cuantos los veían juntos. La pareja se había atraído rápidamente las más cordiales simpatías : eran recibidos en las familias de los artistas, poco preocupados de etiquetas. Á Dayel se le apreciaba por su sencillez, porque, sin engreirse con el éxito, seguía siendo el mismo para sus antiguos compañeros de bohemia. La dulzura y el buen humor de Marta, la ausencia en ella de toda coquetería, y su aparente indiferencia por todo lo que no era Dayel, habían acallado la maldicencia femenil : se los acogía, con gusto, en la convicción de que llevaban la felicidad por donde pasaban.

Al día siguiente de su nombramiento de director de los bailes de la Ópera, Dayel se levantó contento, y corrió á abrir las ventanas doblando con estrépito los postigos, ansioso de luz.

El sol matinal, y los rumores de la calle, invadieron la habitación. El voceo de los vendedores ambulantes subía nítido de las aceras bañadas en luz, mezclado al frondoso susurro de los grandes álamos que bordeaban el ribazo, al canturreo de los marineros atareados en las cubiertas de las barcazas frotando y lavando, descalzos en el fluir del agua del valdeo.

En el aire pululaban ligerísimos copos, semillas

de árboles, que flotaban hacia otras tierras donde habían de fecundarse : eran como nivea borrilla, como briznas de plumaje arrancado, que salpicaran el aire de minúsculas blancuras, trascendiendo hacia el sol. En el ramaje, y á lo largo de los aleros, se querellaban pipiantes pardales, disputándose las migajas que el viento les llevara : era por doquier la exuberancia de la estación feliz, la vida henchida de alegría, rebosando en la deslumbrante luz de una espléndida mañana estival. De las grandes casas salían canciones, rumores de trastos removidos, y el Sena, resplandecía, centelleante, gayado por el sol que rielaba en las simétricas ondas, espolvoreando de plata la estela de las barcazas y barquichuelos que surcaban el agua.

Á la izquierda veía Dayel la catedral, bañados sus contornos de plateado azul, cuyos encajes y salientes se destacaban en la claridad del puro cielo, como arabescos sombríos en el fondo claro de una pintura. Los ventanales, en sus marcos de negra piedra, se animaban, irradiando la luz, que venía á herir su policromía. Hubiérase dicho el viejo templo engalanado con nueva pedrería que cantara al unísono con la alegría circundante. Reía la mirada de todas sus vidrieras ; sus gárgolas de abiertas fauces semejaban beber el azul del cielo, el oro y la plata de la nueva estación, que inundaban París,

ardiente en la fiebre del trabajo y del placer, palpitante de vida.

La repentina luz despertó á Marta, y mientras la joven se desperezaba lánguidamente, después de devolver á Dayel su beso matinal, le hizo él saber la nueva dicha que le había caído. Cogiendo sus manos y enlazando su talle, la tenía ceñida, y la hamacaba como á una niña.

— Tú me has traído la buena suerte, Marta; eres como una hada encantadora que transforma las cosas á su contacto.

— Es porque me quieres, Juan.

Furtivamente, antes que ella se despertara, había ya Dayel preparado la leche, una golosina para Marta, y hecho el café, esperando que ésta abriera los ojos.

Rápida, saltó de la cama, envuelta apenas en diáfana batista que su carne sonrosaba; y Juan le tendió los brazos:

— Marta, mi divina Marta, tú eres hermosa como una estatua, cuyos labios y ojos cobraran vida para que yo los besara.

Siempre risueña, iba vistiéndose lentamente su ropa interior; de la oscura estofa emergía la redondez de su cuello, y por el abierto escote, destacaban sus senos dos purpúreas fresas en la blancura de la carne. Sentóse á la mesa frente á Dayel, embellecido; y éste, repentinamente serio, le dijo:

— ¡ Si nos casáramos los dos, Marta querida! Estoy seguro del porvenir, ahora; te quiero; ¿y tú?

Zalamera, sin contestar, tomó ella con entrambas manos la cabeza del artista y le besó en la boca con un largo beso de pasión. Y él, libres los labios de la deliciosa prisión, empezó á enumerarle las ventajas de su situación actual, sus esperanzas cada vez más altas, que se habían de realizar una tras otra.

— Seremos felices, querida; viviremos tranquilos sin preocuparnos por el mañana, y cada año, cada día, irá añadiendo algo más á nuestra felicidad y á nuestra fortuna. ¿Quieres?

Con los ojazos tamaños abiertos, extasiados, se levantó ella y vino á sentarse en las rodillas de Juan. Trastornado el amante, se esforzaba torpemente en desatar los lazos de la ligera camisa de su amada, extraviaba sus dedos en las exquisiteces de aquel cuerpo, salpicando sus caricias de caprichosos besos, deteniendo sus labios en los mullidos nidos y en las suaves redondeces de su adoración.

— Nenita mía, murmuraba él, yo adoro esos ojos en que brilla el amor con una llama siempre nueva.

Yo adoro tus labios, y tus dientes de lirio, escarchados del rocío de tu boca. Yo adoro esas cupulitas de alabastro que cubren tu pecho.

Yo estoy loco por tí, como aquel escultor que enloqueció de poseer una obra maestra.

Tú eres como una santa adorada, tan hermosa que no se atreve uno á decirle su adoración. Tú eres el hada de los encantos, el hada de la infinita dulzura.

Yo quiero extraviar mis labios á través de tu cuerpo. Quiero besar tu boca sin cesar, sentir siempre tu cuerpo enlazado al mío.

¿Quieres, Marta? Iremos los dos, eternos amantes, á nuestro ensueño. ¿Quieres tú?

Y la voz de Marta, murmuró, apagada, como temerosa repentinamente del mañana :

— Sí, á nuestro ensueño.

Luego, por una vaga asociación de ideas, declamó, imitando un poco á la célebre trágica, Dinah Samuel, estos versos de una obra de Roberto Antoc, que habían visto la víspera :

Tuya soy, ó mi ensueño; ideal caballero.  
De mi largo camino, se tú el fiel compañero

---

## VI

Diez días después, se unían ante Dios los rubios amantes, en el vetusto templo de la Isla, en la capilla de San Juan, oscura á pesar del brillo de sus dorados, sin más testigos que los precisos para la celebración de las nupcias. Se casaron como se habían amado, en la dicha de su intimidad que no permitían turbar al mal querer y á la indiferencia del mundo. Para ellos solos tañeron las viejas campanas bajo el calado chapitel.

Nada cambió en su vida ordinaria : la íntima solemnidad de la ceremonia estrechó aún más su unión. Como antes, fueron juntos cada tarde, adonde llamaba á Dayel su ocupación.

Cuando nada los obligaba á asistir á algún espectáculo, huían gozosos, como en los primeros meses de su cariño, á través de los campos que rodean á la gran ciudad, haciendo escapadas de jóvenes amantes, enamorados del verdor, de las lánguidas